



toboganista

69/99

3500

cuento
de jordi gasch

toboguista
jordi gasch

grabado
jordi pasual

I

Como buen tobogamista debía cuidar hasta los más mínimos detalles. Hacía buen tiempo, un cielo demasiado azul para su gusto pero un viento excelente, perfecto para el número de la vela. Se aseguró de que llevaba todo lo necesario y fue hacia el tobogán. El inicio del ascenso siempre emanaba una cortina de silencio que avanzaba rápidamente hasta las últimas filas de público; un avance calculado de dos peldanos. Si el segundo peldano lo abandonaba un tobogamero cualquiera, el tercero recibía ya al Tobogamista, al punto de convergencia de los cuarenta pares de ojos que sabía por debajo. Era la más emocionante ascensión que cabía concebir la mente

numana, la materialización de la inmortali-
dad, el final de unos simples deva-
nos de grandeza y el verdadero inicio
de la gloria. Nunca nadie había conse-
guido obtenerlo.

Desde arriba miró alrededor y sa-
ció del bolsillo un hilo de seda y una tela
fina cereza que todo el mundo refirió
de exclamaciones: La Vela. La prepara-
ción era laboriosa y fueron primero
los zapatos, uno la cera y el otro la
punta del hilo que luego, irrosimil
y enigmático, apareció en el cuello de la
camisa sosteniendo en la hipotenusa
la vela que se extendía por los catetos
hasta la rodilla. Cuidó la curvatura de
su mano izquierda, el brazo en cruz,
calculó la posición correcta de otro bra-
zo, prolongación frontal de la cabeza
gacha, y se dio impulso. Su respiración
se agigantó, ~~se agigantó~~ encogió la pierna
y empezó el giro levante ligeramente
la mano derecha batiéndola con vigor

hacia atrás. al tiempo que un fuerte ti-
ron del pie le lanzó despedido en un
mortal perfecto. Y otra vez de pie, ligero
y seguro, resbalando hasta el último sel-
tito que — ¡milagro! — coincidió con
la desaparición de la vela en su espalda
para reaparecer como saludo majestuo-
so entre las dos manos y la reverencia.
Fueron unos segundos y medio que pro-
dujeron una oración como nunca an-
tes. Ramón se acercó, abrazándolo hasta
abogarlo, ¡muy bien!, ¡magnífico!,
eres un Tobogamista único, ¡¡ EL MEJOR!!
Y la oración.

II

¡Buen! Es demasiado pronto, segu-
ro que en menos de diez minutos lle-
gan el Tobogamista y el Chaco, aunque
no tengo muchas ganas de ver al Chaco,
que empieza a ponerse pesado con sus
bromas y su choy el chico del chaco.

los demás tampoco pueden tardar porque ayer, después de la actuación — ¡la puta, qué actuación! —, la Mari le dijo a bordo que hoy le robaría un paquete de Amsterdamer a su tío. Como nunca recuerda donde los deja, no lo notará. Todo el mundo se apuntó enseguida a pesar de los gritos del bordo, que lo reclamaba para él solo. Ahí viene Ramón, tan despiestado como siempre, y me jurego un duro a que no me ve.

Ramón acababa de cronometrar en treinta y siete segundos el ascenso por la escalera mecánica cuando se encontró delante de las mesas, seguro de que una de ellas le enseñaría todas sus manos bailando un ¡eeh, aquí! más claro que el tornasol. Nada. Miró su orgullo de pulsera suizo y anotó mentalmente que la próxima vez sería el metro de las diecinueve veintuna en lugar del de las diecinueve catorce. Repasó una por una las mesas y, ante la ausencia apreciable

de vida conocida (civilizada según él) optó por la segunda, justo debajo de la ventana. Seguro que el Toboquista y el Chaco llegan los primeros; aunque el Chaco, ultimamente...

Siempre le quedaba un resquicio para asombrarse del despiste de Ramón. Se levantó y se sentó en la mesa contigua. Ramón, perplejo, soltó un ¡HOMERITA HOMERITA!! capaz de hacer girar la cabeza al mismitísimo Don Cristóbal.

Cuando las unidades rabilares y sus mepillas volvieron a la normalidad, Ramón se abrevió a visitar un no le había visto que rebotó en las uñas por delante de la boca. ¡No lea reuido nadie? — aunque era obvio —, yo creía que habíamos quedado a las veinte cerozero y ya son las veinte cerodo. Y no creo que a todos se les haya estropeado el reloj. Algunos no tienen, pero el Chaco sí — tiene un Orientuarz — y va con el Toboquista que ayer me di-

jo que sería puntual porque iban a hacer
picadura (Amsterdamer, corrigió Ho-
mero sin convicción) y ya son la veinte
ceronabio y todavía no han venido.

Enmudeció de repente y miró a
Homero que separaba la pelusa de un
puñado de pipas, residentes habitua-
les de su bolsillo, para dejarlas encima
de la mesa a modo de invitación.

III

Choy el chico del diaco actual (es-
te actual los tendría intrigados toda la
tarde y, posteriormente, peleados dos días)
dijo, cerrando su mano sobre las dos
terceras partes de la depelusada aglo-
meración girasoliana. El Tobogamista,
sin decir nada, se sentó, volcándose con
una afición alarmante sobre el resto.
Y de repente todos allí, con los comenta-
rios encadenados a un arrugado, semi-

vaino e indefenso paquete de Amsterda-
mer que la Mari sacaba del interior de
la blusa teniendo buena cuenta de
mostrar el sujetador transparente a un
conjunto de vergüenza embutida en
carne, con la brillante excepción del
bordo que no dudó un segundo en
meter la mano en la teta izquierda
con un ¡no habrá otro ahí, verdad?
provocador de un picaresco mano-
lazo al aire por parte de la Mari y
una carcajada demasiado estudente
de Ramón

Poco a poco las miradas se po-
saron sobre las intranquilas hojas del
plátano más cercano, que, causadas
del repetido verde, iban tomando una
suave tonalidad amarillenta con el
inminente peligro de un descabellado
ange migratorio. Es decir, estaban
pendientes del Tobogamista que tenía
la mirada fija en la teta de la Mari
que jugaba con la huella líquida del

vaso sobre la mesa. El Gordo había sobrepasado ~~un~~ un límite que él, ¡El Tobogamista! aseguró conquistar primero. "Seré el Hillary de ~~los~~ sus telas" dijo un día el Chaco que le había dicho un día el Tobogamista. Este les miró como preguntando si se encontraban bien, cogió el paquete de tabaco, sacó una pipa del bolsillo (¡ilustria, que virguera! ¿a ver a ver?), la llenó, la encendió, se recostó un poco más en la silla y se perdió en un heroico coup de force entre las gamas de toser y la admirada grandilocuencia de la pipa entre los labios. Era la primera vez que fumaba en pipa y medio le mareó.

Está bien, pero he probado tabacos mejores; toma Homero aguantó la congestión y la humedad de los ojos y si, no está mal, pasándola al Chaco.

Dejó la pluma sobre la mesa lleva de papeles. A la puta mierda encendió un cigarrillo y lanzó una moneda al aire para que reapareciera uno-

trando el contrasie de la cara por-la-grocia-de-dios frente a su mano huesuda y alargada. Bajó las escaleras de dos en dos y a la derecha, despacio, clamiendo porque eran gotas pequeñas y suaves, como de coquillas, y le gustaban. Llegaron juntos, como si el pote amarillo cargado de bucaneros fuese un epicentro meticulosamente cronometrado, y subió sin mirar el número. El importe exacto y el brusco acelerón lo acomodaron en el fondo, cerrando los ojos, empezando a contar mentalmente para borrar las huellas que el equilibrio marcaba por las esquinas, intentando olvidar el plano de la ciudad que le sugerían los flechazos y sacudidas en la segunda puerta de su conciencia.

~~un~~... un ciento o veinte que ve... unido cientos. El pidan parada con la suficiente antelación supuso la moneda tercamente afirmada en cara, pero esta

vez inútil porque el Parque de Cervantes se arrellanaba demasiado sugierente detrás de la pared. Saltó la valla para quedarse quieto, miró ante el velo plateado que la lluvia y la noche extendían entre las rosas y la luz distante y ocure de las farolas exteriores. ¿Por qué pretendo pensar que luego te lo contaré? Se que mis manos son tus besos, que soy tu interludio con el mundo, pero no estás y luego será tarde. Si, tu me sacas de un mimetismo de cuerpos finos, aparatosos baluartes del para qué si son cuatro días y hay que disfrutarlos, pero presiento que este duelo de polillas es definitivo. Se acaba la tela-supervivencia, luego será tarde, ya lo verás. Tu meigas a ser sol lucet omnibus y en cambio, a mí me jode el amarillo. Cogió un puñado de tierra mojada y la ofreció en sacrificio. Al mundo Alicia, a la cama Alicia, al cigarrillo Alicia, al octopus Alicia con sus tentáculos vis-

cosos supervisando el aguelarre de sus orgullosos hijos... ¡sus orgullosos hijos de puta!

Sembró la tierra en la tierra, corrió con los puños prietos y las uñas lacerándole las palmas de las manos, se paró ante una rosa color noche y, con una reverencia odioscentista, pateó una piedra. En el pero no alcanzó tres de siete con la disculpa de la oscuridad. Subió a un árbol agazapándose entre dos ramas, Koala descubierta por el Jaguar, para escuchar el silencio y luego destriparlo But I fear tomorrow I'll be crying, Yes I fear tomorrow I'll be crying, y el salto, sobornado por empezar una carrera contra la furia, y la pared. Treparla, esperar el vuelo de dos metros diez centímetros hasta la herida de la acera entre boca y jadeo para, entonces, otra vez el autobús, sin mirar el número pero los ojos abiertos, devorando

los ruidos de colores, emboxados en los charcos, que anunciaban cielos de mundos superpuestos como si, entre la lluvia, la ciudad fuese un enorme pez multiplicándose ~~en~~ en sus numerosas sombras para el voto final, la última erección antes del derrumbse, el amanecer de las campanas anunciando la ligubre configuración de un pelotón resiguado para la ejecución y las oraciones del cura ante la impaciencia, sin comprenderlo, del sepulturero.

Eubó en las Ramblas como un enorme pez prehistórico que rompe de un coletazo la puerta del recibidor y entra, con la familiaridad nunca oficial del vecino, en el comedor aún con las tazas vacías sobre la mesa.

Las Ramblas, con la lluvia, ofrecían un caparazón de paraguas acompañando a un tiempo de zapatos dispares. La soledad degustada hasta el infinito con la atención volcada en la meticulosa observación de las demás ~~de~~ soledades, que no tardan en acercarse y pedir un cigarrillo rubio con la timidez de ser descubiertos y la ya esperada estratagema táctica de llevarlo hasta los labios mientras el no, gracias, luego ya tengo y retirarse con la inquisitoria ansiedad de los otros dos que le esperan, uno ya sacando el papel del mundo elegante así, sin más, porque ya se sabe que la gente pasa de todo.

Del paquete de Ducados vacío a la librería del drugstore sólo separan la mano palpando el bolsillo ~~de~~ y dieciocho pesetas deposita-

das en la caja registradora de la
expenduria cuatrocientos veintiocho
del semisótano. Recorría los libros &
con el índice, sin prestarles dema-
siada atención, matando tiempo, y
lo cogió más por el olor granate
de la cubierta sin título que por
curiosidad. Dado el trato recibido
hasta este momento por ensayos
como el presente, debo, como prime-
ra parte indispensable de este pró-
logo, salir en defensa de una serie
de nuevos filósofos (Bardic o Dream-
chapel entre otros) que están bus-
cando un nuevo y profundo cami-
no "parecido a un reguero de pol-
vora sobre un balancín de maruol"
para llegar a la comprensión de es-
ta sociedad llena de "majaderías,
tabus y diademas de tutti-frutti".

No le parecía posible esquivar
la tentación de una montaña de ba-
lancines y tutti-frutis entre racimos

de majaderías y profundos cami-
nos. Levanta dinero pero comprendió
a tiempo que un libro como ese,
para no ser ofendido en su más
recundita configuración, debía ser ro-
bado. Un movimiento rápido es-
condió el granate entre el cuarrón
de los pantalones y el estómago en-
cogido. Un par de libros ojeados y
devueltos ostentosamente a su lugar
y, sin comer, hacia la escalera para
ser recibido por la lluvia como una
carajada. La necesidad de celebrarlo
con dos croissants y una ensaimada
rellena (infortunada y alevosa de
las arrependidas) en San Felipe, el
botico, mojado y suare laberinto de
dandestinos y meditadores, sentado
en su rincón favorito.

El encanto inmóvil de acompañar alguna extraña silueta vagabundeando entrelazada con su sombra entre la soledad rengativa de la noche, cuando ya nada te perturba porque ellos duermen grandes batallas con caballos blancos y blancas princesas en las garras de luminosos dragones alados. Entonces es amo y señor, sus ramas se extienden por encima del tiempo conspirando la esbeltez de su proyección, queriendo abarcar todo el silencio que lo separa de la mañana, de los nuevos juegos caídos con la salida del colegio, entre carreras y gritos azorados por el roce de la mano en la espalda. Este encanto con que parece presidir, guardian omnipresente, la quietud placentera de una o dos personas en algún banco del círculo externo de la plaza, detrás de ese cordón no delimitado (pero

existente) que separa a los niños de jugando de los ojos atentos de las madres, que saben apreciar el inmenso peligro de una partida de bolas demasiado cerca del columpio. La noche resbala como la miel cayendo de una cuchara al pan. lentamente se va amontonando entre raíces y pisadas de niños para, luego, diluirse en el air, silbar y campar por los haces de luz que llegan como por desuido, rompiéndose. Es el centro, como el urólogo de Hamlett o la huella dactilar en el segundo vaso de la mesa, sin duda el del asesino; el punto de fuga de unas miradas que pretenden ignorarlo con excusas vanales de pereza o concentración. Pero también es un nexo de unión con Venus, que aparece por detrás de la cuarta sombra bardi y me rompe en mil pedazos las retinas, golosas de cumplir su cita

Y una vez más siente que sí,
que el árbol, que Venus, que nunca
le molestará el gemido de la ~~cadena~~
cadena del coluquio porque es el
suyo propio, el que quiere liberar
ahora, cuando comprende por qué
ama sus raíces y por qué necesita
que Venus sea a través de sus ra-
mas, cuando comprende que tiene
que ser ahora, en el oscuro silencio
abandonado por los niños y los
viejos, bebedores de sol.

Como el ~~árbol~~ árbol, con sus
raíces de lana que tiene frente a él
y avanza agradecido.

Subió las escaleras sin encender
la luz, a gusto con la azulada y te-
nue claridad que se filtraba desde el
farol entre la primera y la segunda

ventana. Abrió un remanso en el
receptor a oscuras, esperando la
noche recortada entre la ventana y
el jarrón de la mesa del comedor
para, entonces, dos pasos más y
la habitación, como un anuncio
de indulto a la luz, que se desperdició
apoyándose en los bordes de la
mesa y formando un ramillete
de transparencias alrededor de la
pluma y las hojas.

Dejó el balancín sobre la cama,
despacio, respetando el agujero de
poltrona: tan parecido a una ora
cebada para pâté. Logió lo que
había escrito y lo ojeó ausente. Un
tobozanista feliz como el color azul
o un gato ovillado en el regazo. Su
ausencia pasó de la curiosidad a
la pena, de la pena a la rabia en
el momento congestionado de se-
parar sus manos con violencia,
los panes y los pies todavía allí,

99 exemplares

EDITADO por T.E.A.P. Cande del Asalto 33 sótano

Barcelona, 21 de Marzo de 1980

